CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXII
Enero-Junio 2006
Número 41

SUMARIO

ESTUDIOS

Guzmán Manzano
El primado de Cristo en el orden de la redención 1-40

Vicente Cudeiro
La existencia de Dios a partir de ciertos principios racionales y de algunos hechos de orden físicoquímico y biológico 41-65

José Penalva Buitrago
Cultura, ciudadanía y educación en Agustín de Hipona 67-85

Rogelio García Mateo
Un jumillano arzobispo de Palermo, Juan Lozano o.s.a. (1610-1679) .. 87-101

Francisco Henares Díaz
Fray Antonio Villanueva, la Inmaculada y el Camarín de la Iglesia de los franciscanos de Hellín (Albacete) 103-128

Francisco Gómez Ortín
Religiosidad latente de Alejandro Lerroux 129-147

Francisco Javier Díez de Revenga
Poesía cíclica religiosa en la Murcia de Posguerra (1946-1948) 149-163

NOTAS Y COMENTARIOS

Gonzalo Fernández
Una alternativa ortodoxa al Credo Niceno de 325 en el Sínodo de Antioquía de 341 165-167

José Luis Restán
Retos y perspectivas para la Iglesia en España 169-176

Manuel Lázaro Pulido
Dios y las cosmologías modernas 177-181

Ignacio Jericó Bermejo
Esta Iglesia permanece en la Iglesia Católica. A propósito de un artículo de Karl Josef Becker 183-201

Pedro Pérez Verdú
Teología y Apología del Dios Cristiano 203-207

BIBLIOGRAFÍA 209

LIBROS RECIBIDOS 245

Carth 22 (2006) 149-163

POESÍA CÍCLICA RELIGIOSA EN LA MURCIA DE POSGUERRA (1946-1948)

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

La religiosidad popular o culta ha nutrido muchas páginas estelares en la historia de la literatura española. Son numerosas las referencias que a lo largo de los siglos podríamos llevar a cabo en torno a la literatura y la religión, y, en el ámbito de todos los géneros literarios, poesía, novela y teatro, podríamos señalar multitud de páginas inolvidables que glosan, sobre todo, una actitud y reflejan una vida espiritual. Circunscribiéndonos a la Región de Murcia, la literatura hecha entre nosotros ha legado también páginas muy valiosas que han enriquecido nuestra historia literaria y han puesto de manifiesto la inquietud espiritual de muchos de nuestros escritores. Desde el renacentista Diego Ramírez Pagán o los barrocos Saavedra Fajardo y Polo de Medina, hasta los escritores contemporáneos, y citaremos en nombre de todos ellos al escritor yeclano José Luis Castillo-Puche, novelista clasificado como "católico", aunque en realidad fue un novelista existencial conmovido por los conflictos religiosos, luchador como nadie por su fe frente a la corrupción, un novelista con una fe inquebrantable que busca insistentemente la verdad, la razón última de su ser y de su destino, como Unamuno, como Dámaso Alonso, como tantos otros escritores, novelistas y poetas... Su última novela, Roma, ramera y romera nos muestra la intensidad de este conflicto que el novelista llevó consigo hasta el final de su vida.

Son también numerosos los textos literarios que glosan la creencia religiosa a través de los ciclos de la Navidad y de la Pasión de Jesús en el contexto de la Región de Murcia. Hay que tener en cuenta que estamos ante manifestaciones muy tradicionales en el terreno de la poesía religiosa, que cuentan con larga trayectoria en la historia de la literatura occidental, y, muy en particular, en la historia de la literatura española. La poesía religio-

sa ha sido muy abundante, y, como en cualquier otro conjunto numeroso y nutrido, ha habido de todo. Desde el poema de gran altura, en el que se refleja la creencia con exactitud y rigor fervoroso, hasta la estampa relamida y ramplona, que tanto daño ha hecho, en la historia literaria, a la poesía religiosa, e incluso a la misma religión. Por ello hay que ser muy prudente a la hora de valorar cantos y poemas dedicados a las escenas de la Navidad y la Pasión del Señor, porque muchos de ellos han sido repetitivos, glosadores de aspectos traídos y llevados en la tradición, incapaces de aproximarse tan siquiera al listón puesto tan alto por los grandes poetas religiosos de nuestro Siglo de Oro: Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope de Vega, Quevedo, el Príncipe de Esquilache y otros muchos.

Por ello, para esta ocasión me voy a reducir, y ya que se trata de glosar la literatura hecha en Murcia y en su región en relación con las creencias religiosas, a un grupo de poetas no lo suficientemente valorado aún que brilló en la Murcia del medio siglo XX, en la Murcia de los años cuarenta, los llamados poetas del grupo Azarbe, que publicaron unas entregas de poesía que hoy constituyen una joya de la literatura regional. Eran poetas modernos, inspirados en la más rigurosa expresión natural sin alardes lingüísticos, sin barroquismo innecesarios. Podríamos decir que era un grupo de poetas integrado en la modernidad de aquellos años por la vía de la sinceridad. Muchos de ellos, prácticamente todos, figuran hoy con un lugar de honor en la historia de la literatura murciana, y, desde luego, un lugar muy merecido, formando el esplendor de una gran época.

Azarbe entonces aparece como revista poética y literaria y se publica en Murcia entre 1946 y 1948. Constituyó la más significativa empresa literaria de los años cuarenta en Murcia. Fue creada por Salvador Jiménez, Juan García Abellán, Jaime Campmany y José Manuel Díez. Dio a la luz 15 "entregas", denominación dada a los números de la publicación, que bien podían contener colaboraciones de varios escritores reunidos en torno a un determinado asunto o bien podían editar un libro completo de uno de los escritores del grupo. La relación completa de los números de la revista es la siguiente: 1. Adolescencia del gozo de Juan García Abellán; 2. Tiempo de Navidad (varios); 3. En la costa del sol de Dictinio de Castillo-Elejabeytia; 4. Un hombre llega de lejos de A. F. Sainz; 5. Tiempo de primavera (verso y prosa) (Varios); 6. Antología de Diego Torres; 7. Lo fugitivo permanece de Jaime Campmany; 8. Desde aquí (Tres cartas en el bosque de Copxi) de Manuel Fernández-Delgado Maroto; 9. Alabanza de ti, de Salvador Jiménez; 10. Paisaje de mar (varios); 11. Mayéutica y Heliomaque-Sócrates-Xenius de Adolfo Muñoz Alonso; 12. Vía Crucis (varios); 13. Imagen y verso de Francisco Cano Pato; 14. Miscelánea de estudios murcianos de Víctor Sancho; 15. Tiempo de otoño (varios).

Todos los autores citados, que en este momento comenzaban su obra literaria, alcanzaron posteriormente reconocida fama como escritores, cada uno en su campo. Casi todos los poetas nombrados la lograron inmediatamente con la obtención del premio "Polo de Medina", que recayó sucesivamente en aquellos años en sus libros de poesía. Francisco Cano Pato lo obtuvo en 1942 con El ámbito del lirio; Dictinio de Castillo Elejabeytia, en 1942 con La avena de Dafnis y otros poemas; Jaime Campmany, en 1943, con Alerce; y Salvador Jiménez, en 1945, con La orilla del milagro. Se destaca la presencia en los colectivos de *Azarbe*, como poeta, del dramaturgo Fernando Martín Iniesta, que por aquellos años publicó algunos libros de poesía (Alborada, Hombre del pueblo, El creador de Dioses); del novelista José Luis Castillo-Puche, con el nombre aún desconocido de José Luis Castillo; y de Francisco Alemán Sainz, que, con el seudónimo de A. F. Sainz, publica su obra dramática Un hombre llega de lejos. En conjunto, hay que destacar la calidad e interés de la publicación no sólo por sus cualidades literarias, sino también por la esmerada presentación gráfica, en la que participaron los pintores murcianos más destacados del momento, como Luis Garay, Juan Bonafé, etc. El aliento de *Azarbe* fue recogido por la que sería la única revista literaria murciana a partir de 1953, *Monteagudo*, que, dirigida por Mariano Baquero Goyanes y patrocinada por la Universidad de Murcia, publicó textos de casi todos los escritores de Azarbe.

El número 2 de *Azarbe*, publicado en 1946 estuvo dedicado monográficamente a "Tiempo de Navidad" y, verdaderamente, es un conjunto de poemas y textos en prosa lleno de candor, emotivo, que responde, sin duda a una Murcia, ya muy lejana, la Murcia de hace casi sesenta años, la Murcia recoleta, provinciana, en la que, sin embargo, un grupo de poetas muy jóvenes, en torno a los veinte años de su edad, entre los veinte y veinticinco años, universitarios, católicos, con una perspectiva auténticamente nueva, se enfrentan a un tema muy tradicional en la historia literaria y las costumbres, el tema de la Navidad, al que pretenden enfocar de una manera distinta, envueltos en la situación convulsa y confusa del momento que les tocó vivir, la Murcia de las dos posguerras, la posguerra española, la de la pobreza y el hambre, el racionamiento, el frío y la pertinaz sequía, y la Murcia de la posguerra mundial, tras la bomba atómica, durante el aislamiento y el boicot. Los jóvenes universitarios murcianos no dudaron en darlo a conocer, al frente de este que podría ser un superficial y candoroso canto de villancicos, en las palabras de presentación de la revista, a modo de editorial:

> «Las pascuas alegres de Navidad, el año que se marcha y el año que llega, los aniversarios, los recuerdos, son antiguas historias que ganar cada año en trescientos y pico de días. Ahora,

cuando el mundo no sabe lo que hacer; nosotros, españoles, vamos a hacer lo que sabemos desde hace bastantes centurias. Si el mundo tiene la energía atómica, la derrota y la victoria, las asambleas, las checas, los subcomités, las medias de cristal y los internacionalismos; nosotros, españoles recalcitrantes, tenemos esta Navidad universal para recoger el milagro de que Jesucristo naciese en el establo de una colonia de Roma.

Aquí está nuestra buena voluntad de repetir de nuevo la vieja consigna española: Sobre lo internacional, lo universal. Y es que sobre una cultura que quiere perderse en el más absurdo salvajismo, nosotros hemos de celebrar la Navidad cristiana. Porque en las quietas ondas de algo que fenece, está formándose una nueva corriente. Pero Dios está sobre todo, y los españoles sabemos esto mejor que todos.

AZARBE, desde una provincia española, va a decir en verso y prosa con voces nuevas los antiguos motivos que rigen la Navidad desde que el mundo vio hacerse en Belén el milagro de los milagros».

No se nos oculta que, junto al interés religioso, se advierte un nacionalismo español muy de época, frente al internacionalismo y la corrupción de las costumbres extranjeras, propio de la propaganda política de aquellos años de dura posguerra. Frente a la cultura del salvajismo se llega a decir, oponen la Navidad cristiana. Afortunadamente, los textos literarios que se reúnen a continuación no dejan sentir, en absoluto, el planteamiento ideológico que parece trascender tras la lectura de las palabras del editorial antes reproducido.

En efecto, los textos recogidos, algunos con mayor fortuna, otros con menor acierto, se acercan todos al misterio de la Navidad. Sin duda, los poéticos son los más conseguidos, como ocurre con el primer texto recogido, un villancico de Jaime Campmany, titulado "Pequeño retablo del Nacimiento":

¡Ay cómo suena la gaita,
ay, cómo suena el rabel,
que en el heno de un pesebre
ha florecido un clavel!

La noche de invierno, fría,
tiene ya una blanca estrella,
que va dejando su huella
en la frente de María.
¡Cómo nace el nuevo día
entre besos de arrebol!
¡cómo suena el caracol
del pastor por la alta cumbre!
¡ay, cómo enciende su lumbre
la hoguera del nuevo sol!

De la nieve inmaculada
brota un pétalo de lirio,
¡Cómo oculta su martirio
la azucena arrodillada!
¡Cómo su mano, extasiada
caricia —nieves, rosales—
va bruñendo los corales
de su mejilla tan breve!
¡Quisiera hacer con la nieve
sabanicas y pañales!

La zampoña pastoril
canta a compás con el gallo
que diciembre robó a mayo
las flores de su pensil.
Brisas vinieron de abril
con milagros de rosal
y el aroma virginal
la nieve va desliendo
porque Dios está naciendo
en la gloria de un portal.

Pastorcito de Belén
trae la miel de las abejas,
la lana de las ovejas
y cordericos también.
Vente pastorcito, ven;
Vente pastor, que es la aurora,
A llevarle a la Señora
Leche, frutos, pan y miel.
¡Ay, cómo suena el rabel!
¡vamos a bailar, pastora!

¡Ay, cómo suena la gaita,
ay, cómo suena el rabel,
que en el heno de un pesebre
ha florecido un clavel!

Al que sigue un breve pero interesante artículo de Ángel Valbuena Prat en el que se lleva a cabo un estudio de contraste entre el "Auto del Nacimiento" cultivado por Lope de Vega y el "Auto sacramental", en el que se especializó Calderón, abandonando la temática de Navidad para sus representaciones religiosas en un acto. De la religiosidad popular de Lope, más dada a los festejos relacionados con el Nacimiento, se pasa a la teología sistemática de Calderón, que prefería el más complejo misterio de la Eucaristía, motivo y razón de los autos del Sacramento (de la Comunión) o autos sacramentales. Dos columnas de hondura literaria y sabiduría teológico de Don Ángel Valbuena para ofrecer su aportación a este conjunto de colaboraciones navideñas: "Lope —señala el maestro Valbuena Prat— recoge folklore, encanto íntimo, aire del Evangelio de San Lucas en torno

a la "anunciata" de los Pastores. Calderón desarrolla la doctrina del Verbo encarnado, con la suntuosidad pontifical, de un Oficio de plena mañana, cuyo centro ocupa el comienzo de la página profunda del Evangelio de San Juan".

Y, en la alternancia entre verso y prosa, seguirá un bello poema no estrictamente navideño de otro de los poetas del grupo, Francisco Cano Pato, titulado "A la luz de la anuncianciones", ya que el motivo glosado es la Anunciación o Encarnación, teniendo presente al final el motivo del cuadro de Fra Angelico que figura en el Museo del Prado de Madrid, evocando la virginidad del rostro de la doncella con retórica impecable y modernidad sensible de primer orden, lo que revela la sinceridad de un poeta noble y auténtico, como era en efecto Cano Pato, que, con gran dignidad e inspiración, glosa un momento culminante del Misterio:

Se renueva la vida cuando brota
—amapola y espiga— tu presencia,
y penetra en mi alma el vivo rayo
de las anuncianciones,

donde la luz matiza el delicado
rubor de una mejilla, del regazo
virginal el latido y del ángel
las alas recamadas.

La luz, definidora de misterios,
matinal envoltura del paisaje,
brotaba de un anhelo primitivo
de verdad y belleza.

Y así quedó su eterna transparencia
iluminando el rostro de la dulce
doncella. Eran tiempos de alborada
que Fra Angélico amaba de rodillas.

Merecen detenimiento tres textos en prosa recogidos en esta entrega navideña de *Azarbe,* relacionados desde luego con el misterio de la Natividad. Manuel Fernández-Delgado Maroto ofrece un "Amor en Nochebuena", relato en prosa con dos perspectivas, una rural y otra urbana, en el que la pareja enamorada pone en relación su amor con la asistencia camino de la Misa del Gallo, en la que los novios agradecerán al recién nacido el amor suyo de cada día, "en el puro y sereno encanto de esta noche milagrosa".

Antonio de Hoyos, por el contrario, se decide en "La Navidad y la chimenea" por evocar el encanto del hogar en la noche entrañable de la Navidad pasada junto a una chimenea rural de antaño. Y, desde luego entre estos textos, destaca la estampa histórica, firmada por otro gran escritor murciano católico, José Ballester, en la que bajo el título de "Semper et ubique" se relata una escena de Ana de Bretaña esperando en Navidad a su esposo el rey Carlos VIII y leyendo un libro de horas miniado, en el que contempla la representación de la escena de la Natividad de Cristo en la cueva de Belén. La dama en su soledad contempla los detalles del dibujo y se asombra y emociona ante la escena:

> «Ana de Bretaña se siente unida en un vínculo de compasión a los pastores. Compadecer es tener algo común con otro. También su corazón inquieto aleteaba en la soledad del palacio como un pajarillo asustado, en la jaula. Ella intuye la acción de un efluvio de paz sobre los ánimos rústicos. Tal vez no existe la paz de la égloga; pero sí la paz de la Buena Nueva, que es de todos los siglos y de todas las esferas y estados. Paz en los pastores, paz en la Reina conturbada, paz en nosotros ahora y aquí...»

Dos poemas más merecen ser destacados, dada la personalidad de sus firmantes. Uno de ellos es un soneto, titulado "El peregrino", y firmado por Gonzalo Sobejano, a sus dieciocho años, cuando el hoy catedrático en la Universidad de Columbia en Nueva York y prestigioso maestro del hispanismo, iniciaba su carrera poética. Titulada "El peregrino" recupera una estampa tradicional de Belén que se convierte en una reflexión sobre el misterio de la Redención, inspirada en la figura del enigmático personaje que camina hacia Dios:

> Nochebuena y amor... El heno, el lino,
> el celestial olvido de la muerte
> y esta fiebre, Señor, de entrecogerte
> pequeño y dulce, cándido y divino.
> Dale de tu sonrisa al peregrino,
> que él no tiene otro bien para ofrecerte
> que esa ilusión de Ti con que divierte
> la incómoda aspereza del camino...
> Viene a adorarte. Abandonó su vida,
> para buscar en Ti la vida bella,
> Vida total, gozosa y sin medida;

por ti borró su pecadora huella,
y esta noche va a Ti su alma prendida
en la rubia esperanza de una estrella...

O este otro, en forma de romance, titulado "Los santos inocentes", y firmado por el joven catedrático de Filosofía Adolfo Muñoz Alonso:

Como frente al viento
sus sonrisas blancas.
Como espuma triste
entre rocas bravas
se fueron en sombras
a la primer alba.

Luceros y lirios
fueron sus espadas.
Un rumor de espigas
hubo en la montaña
cuando los querubes
les dieron sus alas.

Hay luz de misterios
en noche estrellada
y el viento en la arena
simula nostalgias
de ofrenda de Magos
a la luna clara.

Un temblor alado
se duerme en las aguas
de la aurora. Mecen
su dormir las gracias.

En sus iras negras
Herodes se abrasa.
Una mujer bíblica
alza voz en Rama
cuando, entre jazmines,
pacían sus almas.

Los ángeles juegan
con flores tronchadas.
Dan paso a la brisa
sobre las murallas,
y los belemnitas
que nacen al alba
sueñan en la cuna
bautismos de Gracia.

El número 12 de la revista *Azarbe*, ya de 1948, está dedicado monográficamente al *Vía Crucis*, organizado por un poema introito, a cargo del jesuita Padre Juan Bautista Beltrán, catorce poemas dedicados a las catorce estaciones, a cargo de Adolfo Muñoz Alonso, Andrés Sobejano, José Guillén, Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo, Gonzalo Sobejano, Francisco Cano Pato, Raimundo de los Reyes, Manuel Fernández-Delgado Maroto, Manuel Carles, Salvador Jiménez, Antonio Oliver, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Jaime Campmany y Diego Sánchez Jara. El conjunto se cierra con un poema dedicado a la Resurrección de Ángel Valbuena Prat. Es decir, todo el grupo de Azarbe en pleno, profesores y estudiantes de la Universidad de Murcia, y periodistas, junto a poetas ya consagrados de la genera-

ción anterior como Antonio Oliver, Andrés Sobejano o Raimundo de los Reyes, jóvenes y mayores en torno a un mismo motivo religioso en el que, cada uno, llevado por su inspiración poética, evoca cada uno de los cuadros del *Vía Crucis*, que además van ilustrados por los pintores más representativos de aquella generación, cada uno con un expresivo dibujo, encabezados por Molina Sánchez, que lleva a cabo el dibujo de portada, al que siguen las ilustraciones de Joaquín Luis Garay, José Francisco Aguirre, Martínez Cano, Carlos Gómez, Sofía Morales, Medina Bardón, Molina Núñez, Baldomero Ferrer, Eloy Moreno, Mariano Ballester, Hernández Carpe, Molina Sánchez, González Moreno, Joaquín Ferrer y Muñoz Barberán.

Entre todos estos poemas, dieciséis en total, hay algunos que destacan por su expresividad y belleza, pero también por su hondura creencial, por la implicación del poeta personalmente en el momento evangélico evocado, sin duda reflejo de la religiosidad de la juventud de la época. Algunos, incluso, con evidentes conocimientos teológicos y lucidez especial para la interpretación del misterio. Este sería el caso evidente del poema de la Primera Estación, "Jesús, condenado a muerte", original del entonces joven filósofo, y también teólogo, Adolfo Muñoz Alonso, que escribe un poema en alejandrinos dominado por las interrogaciones, y, sobre todo, por la comparación entre el creyente y el misterio:

Si Tú vas a la muerte, Jesús, odio la vida.
Si a Ti condenan lanzan de cruz, sea el abismo.
Si la ley del Pretorio se torna cristicida
¿Qué serpiente de infierno se enrosca a tu bautismo?

Condenar a la Vida y atarla con la muerte
sólo la muerte puede si la muerte se endiosa.
No permitas que el caos revuelva el mundo, al verte
desangrando tu pulso por quien tu vida enlosa.

Fulmina con tus ojos el rapto de locura
del ángel de tiniebla abrasando la luz.

Si voy a la muerte, ¿quién pagará la usura
con que anillas pecados para mi nueva cruz?

La Segunda Estación, "Jesús carga con la cruz" corresponderá al maestro Andrés Sobejano, también persona de gran preparación teológica, y profundo creyente, que nos ofrece un perfecto poema en cuartetos endecasíla-

bos blancos en el que vuelve a producirse la comunión entre el poeta y el Señor por el camino de la compasión, y también por la fuerza sobrecogedora de la historia evangélica. El motivo central del poema es la cruz, símbolo de la Redención, que el poeta recrea y convierte, en efecto, en el camino de la salvación, finalizando con un saludo romano, en latín, para acoger el significado de la cruz salvadora:

Leño que habrá de sostenerte luego
a tormentosos vientos encumbrado
lo cargas y apeteces, procurándole
la tangente caricia de tus hombros.

Sed redentora de padecimientos:
Desposorios de víctima y cadalso:
Tronco a ras de la tierra florecido
hasta que, enhiesto y magno, te enarbole.

Cruz enorme, que encorvas sus espaldas
por que su pecho más se nos acerque;
forja tu estilizada geometría
la intersección de corazón y brazos.

Ya eres amable y leve y siempre grata;
ya Jesús te ha cogido y te conduce
y, arando por las almas, va contigo
infundiendo tu célica locura

que hace justo al malvado, al débil fuerte,
casto al impuro, inquebrantable al mártir...
¡AVE CRUX!... al sentir tus aguijones,
diré con mil legiones sonrientes...

Será su hijo, Gonzalo Sobejano, el que se encargue de la Quinta Estación, "Jesús, ayudado por el Cirineo", en un poema en octosílabos de una gran profundidad. El poeta se enfrenta a la escena evangélica y se conmueve ante ella, lo que demuestra queriendo ser partícipe como un nuevo Cirineo en la compasión de la ayuda al atormentado Cristo, confiando entonces en que el pecador que le ha ayudado no suponga ningún peso cuando llegue el momento de la gloria de la Resurrección. Imágenes muy descarnadas, expresionistas, marcadas por el más crudo realismo, sirven, sin embargo, para avanzar el momento de la gloria y de la luz, cuyo esplendor no debe

impedir, el delito del creyente, delito, bellamente expresado, de forma tenue, a través de los dos últimos símbolos del poema: sombra y sueño. Es un poema en el que la comunión entre el poeta y el Cirineo, hombre tosco, pero desprendido, es total, porque el poeta, en definitiva, quiere ser también un cirineo, como expresa con bellas e impulsivas imágenes, de una gran calidad estética:

Por merced de la mano próxima, compasiva, del Cireneo, cuando todos te abandonaban, suavizaste, Jesús, tu peso.	¡Que sonrían tus tristes ojos de mirarme por compañero frente al odio, frente a la burla, frente al loco estridor del pueblo!
Fue la ofrenda de un hombre tosco, hecho al trato de sus aperos. que aprendió en tu nostalgia muda lo divino de tu destierro…	¡Que si, entonces, la vida llama procurando invadir mi pecho tu mirada me gane el brazo para el árbol de tu tormento!
Y yo quiero decirte ahora —cuando sufres en mi recuerdo con oprobio de espina hiriente caminando por tu sendero—:	¡Que me llague tu sangre seca! ¡Tu sudor, que me corra el cuerpo! ¡Que me punce tu misma espina! ¡Que me rinda tu mismo duelo!
¡Déjame florecerte al paso, déjame confortar tu aliento, déjame descargar tu espalda soliviando el penoso leño!	y, después de tu sacrificio, cuando asciendas triunfal y suelto y el vellón de la nube rota te abra paso a la luz del cielo ¡que en tus hombros no pese mucho mi delito de sombra y sueño!

Le correspondió la Sexta Estación, "La Verónica limpia el rostro de Jesús" a otro gran poeta del grupo, Francisco Cano Pato, cuyos versos expresan igualmente la conmoción espiritual ante al escena transmitida por la tradición, que el poeta sintetiza en un magnífico soneto alejandrino, perfectamente ajustado al cuadro que evoca. Imágenes y metáforas de una gran calidad enriquecen esta bella evocación, que profundiza en el valor teológico de los símbolos, culminados en un nido de alondras que enriquece el poema en su mismo centro. El valor de la palabra, traducida en el amor,

completa el conjunto perfectamente armónico finalizando con un mensaje de amor y vida:

Esa mujer que pone sobre tu rostro el lino
blanco, donde la angustia infinita perdura,
es como un árbol tierno en medio del camino,
vuelo y sombra, que al aire inclina su espesura.

A su lado confortas tu cuerpo peregrino;
tras las ramas el viento besa la frente pura,
y sobre tu alma cándida en rumoroso trino,
late un nido de alondras donde el amor madura.

Ya vuelve tu palabra de amor. En esas manos
se alza la blanca estela de la paz prometida,
la divina promesa de tus labios humanos.

Las alondras renuevan el himno de la vida,
en este instante henchido de sus vuelos tempranos,
mientras Tú nos ofreces tu pasión encendida.

No menos interesante es el poema de Manuel Fernández-Delgado Maroto, dedicado al motivo de "Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén", la Octava Estación. Se trata de un poema formado por tres espléndidas y originales octavas reales, en las que se recrea la escena evangélica, se reproducen las palabras de Jesús, y se establecen unas simbólicas flores rojas que sirven de enlace entre las distintas octavas, mientras el poeta medita el "extraño misterio" y la "tragedia de esta hora". Naturalmente, aparecerá al final el motivo de la consolación en mutuo acercamiento al Señor, imitando a las propias mujeres, consoladas por el Nazareno:

Solo el leño sin flor, que dolorido
flor de sangre en la frente, el Hombre, mana
sintiendo palpitar, con el latido
de un extraño misterio, la cercana
tragedia de esta hora. Dulce suerte
de Aquél que dio la Vida con su muerte.

Solo el leño sin flor. Junto al camino
las mujeres se llenan de piedad,
se acercan quedamente, y el Divino

Jesús les anuncia: "Antes llorad
sobre vosotras mismas. La congoja
guardadla a vuestros hijos." Otra flor roja

abierta aquí, bajo este oscuro cielo,
esta vez sin dolor, con la dulzura,
de aquello que nació para consuelo
en perenne sentido de hermosura.
¡Como aquellas mujeres, deseara
que por darte consuelo, Tu Voz me consolara!

Mientras que Salvador Jiménez, en cuartetos endecasílabos nos ofrece, en la Décima Estación, el motivo de "Jesús, despojado de sus vestiduras", reinventado sobre motivos simbólicos que, del mismo modo que el resto de los poetas, conmoverán su propio interior, sintiendo compasión y delirio, locura ante el expolio indigno del gran símbolo, centro del poema: la túnica:

¡Qué alarido de luces tu hermosura
convertida en pobreza! Torturado
sueña tu cuerpo sangre en el costado
y arrebata el dolor tu desventura.

La túnica de amor y de dulzura,
caricias de María en su bordado,
de tu carne, Señor, has desnudado
para ofrecer desnuda tu amargura.

Ni un andrajo, Jesús, ay, qué ternura
te llena el corazón atormentado;
sobre tu hueso vivo y desvelado
lloro Señor tu pena y mi locura.

Grito inmenso de amor y llama pura,
la tarde, el cielo, el mundo han taladrado.
Y pobre y solo estás, desamparado,
¡montaña de vergüenza tu figura!

Serán los tercetos encadenados los que elija Jaime Campmany para la Décimotercera Estación, con el motivo de "Jesús, depositado, muerto en

brazos de su Madre", poema especialmente expresionista y desgarrado, en el que el cuerpo muerto de Cristo, en su condición humana, revela los ultrajes de la muerte, convirtiéndolo en despojos, mientras que por encima de la podredumbre será el amor el que supere al dolor, que puebla la escena relatada con dureza y no oculta conmoción. Y es que, en efecto, son sorprendentes las referencias tremendistas a la podredumbre de la carne, a la carroña, a la escoria, inusuales cuando del cuerpo de Jesús se trata y asombrosas en un contexto tan canónico como es el de este conjunto de poemas que componen un Vía Crucis, plenamente ortodoxo y modélico. Sin rozar la irreverencia, sin apartarse ni sobrepasar los límites de lo establecido, expresivamente, sin embargo, estos tercetos aportan una visión negativa que no es habitual en las representaciones del descendimiento, casi de una estética castellanista o flamenca, más que la representación barroca murciana, que parece estar bajo las amables representaciones de los demás poetas del conjunto:

Este que vuelven, Madre, a tu regazo,
Cristo hediondo, muerto, descendido,
inasequible ya para tu abrazo,

es el Amor, para tu amor perdido,
Dolor más que dolor, en esta hora,
en divina carroña convertido.

Carne que quiso lanza pecadora,
desparramada sangre en agonía,
vida que es ya miseria redentora.

A tu regazo vuelve, Madre mía,
y tu regazo al peso se estremece;
¡no hay más dolor que el tuyo de ese día!

Dolor que en su dolor a Cristo mece,
en tu garganta clavo atravesado,
en tu pecho, puñal, que desfallece.

Cristo muerto en tu pecho reclinado,
despojo redentor, sublime escoria,
para la Humanidad humanizado:

¡podredumbre arrancada de la Gloria!

Se cierra el *Vía Crucis* con un soneto alejandrino de Ángel Valbuena Prat, un soneto de gloria y alegría que glosa el motivo de la "Resurrección" con el que concluye este retablo religioso. Es un poema primaveral, bellamente enriquecido de elementos de la naturaleza que revelan la luz y el color de los días que suponen el renacimiento de las vegetaciones, y que el poeta aprovecha, en consonancia con lo que se dejó sentir en el texto inicial del *Azarbe* dedicado a la Navidad, para pedir la paz en el mundo, convulso y revuelto. Con la Resurrección ha de llegar la paz, que el poeta pide con emoción:

Campanadas de gloria, cuando ríen las flores
y el rosa del poniente reverbera en los cirios.
¡Dame, Señor, el éxtasis de tus blancos delirios
y el corazón en llamas de los puros amores!

Eternamente, en aire, cantan los ruiseñores;
la juventud, en sangre, brota en voces y lirios.
Hoy un bálsamo suave acaricia martirios,
y la clara alegría olvida los dolores.

Señor, en este día, danos la paz soñada,
aunque el mundo se queme en retorsión de fiera,
y la noche del odio hogar y tierra invada.

¡Caridad de tu cielo sobre la vida entera,
porque tu vuelo santo nos alce de la nada
y tu aliento renazca en la viva primavera!

Una meditación de la pasión de Jesús, de la mano de una serie de poetas murcianos en un tiempo muy concreto de la Murcia de antaño. Años cuarenta, Posguerra, época difícil, en la que, sin embargo, en torno a la Universidad, surge un grupo juvenil, inquieto, que quiere expresar por medio de la palabra poética, misterios de la religión y de la vida de Jesús, desde el nacimiento a la pasión, muerte y resurrección. Conjunto de palabras poéticas que revelan la seriedad de unas meditaciones sinceras y la dignidad de unos poemas que recogen momentos estelares de la historia de las historias, cantados por un conjunto de seglares inquietos pero inspirados, en una Murcia ya desaparecida.